



NUM. 39.

PRECIO DE LA SUSCRIPCION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID, 23 DE SETIEMBRE DE 1860.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 pesos.

AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.



on la venida de las ferias y de las lluvias que á principios de la semana han ejercido su benéfico influjo sobre la salud pública han coincidido la llegada de la corte á las Baleares, la formacion del campamento de Torrejon, la visita del emperador de los franceses á la isla de Menorca y la

marcha de los embajadores marroquíes. Las ferias situadas como están los puestos este año donde estuvieron el año pasado, es decir, en el paseo de Atocha, tendrán poca animacion: seguramente la feria de Madrid ha concluido: asi lo ha querido la autoridad: no lo sentimos mucho, porque en esta capital todos los dias son de feria; nos lamentamos solamente de que no haya respetado por lo que tiene de antigua esa costumbre inocente de ocupar las calles y plazuelas durante unos dias con trastos, muebles y libros viejos, ya que se respetan tantas y tantas antigüedades que por ser dañosas deberian ya haber desaparecido.

Las lluvias han influido notablemente en el mejoramiento de la salud pública, aunque han incomodado bastante á las tropas establecidas en el campamento. Sin embargo, las comunicaciones que de allí publican los periódicos dicen que el soldado está satisfecho. Al principio ha habido sus dificultades asi para proveer de agua potable á los cuerpos como para que los oficiales pudieran atender á sus comidas. Pero despues todo ha ido entrando como suele decirse, en caja. Se han llevado las cubas del arbolado de Madrid y á cada batallon se le ha dado una para su servicio, mientras que por otro lado la administracion militar facilita leña á los oficiales al precio de contrata.

Hay ademas una fonda donde se exigen 14 reales diarios por almuerzo y comida, lo cual no es muy satisfactorio para los oficiales subalternos. Un periódico asegura que en ella falta unos dias el pan y otros la sopa: lo cual quiere decir que el pan unos dias se moja en el caldo y otros no. Deseamos y esperamos que no tardarán en corregirse estos males.

La corte á la fecha de las últimas noticias estaba en las Baleares, es decir, en el mismo punto donde la dejamos en la anterior revista. No han llegado todavía á nuestras manos las cartas y periódicos que han de contener la detallada y minuciosa descripcion de las fiestas con que las autoridades y corporaciones de aquellas islas han solemnizado la llegada de las reales personas. Solo hemos visto un programa acompañado ó, mejor dicho, precedido de una alocucion del gobernador civil, pieza maestra de literatura oficial. Luego que veamos si se ha realizado el programa de los obsequios, pondremos los hechos con nuestra acostumbrada puntualidad en noticia de los lectores de EL MUSEO.

Por hoy diremos que mientras la corte se hallaba en Mallorca llegó á Menorca procedente de Ayacio (Córcega) la escuadra francesa conduciendo al emperador y á su esposa. Estos ilustres viajeros preguntaban si se encontraba en la isla la reina de España; y como la respuesta fuese negativa, dejaron una carta para S. M., y con viento fresco hicieron rumbo á Argel. Ha dado mucho que hablar á los periódicos esta visita, hecha, digámoslo asi, cuando los visitados no estaban en casa; pero los órganos semi-oficiales han declarado que el gobierno no tenia el menor antecedente de que el emperador francés tratase de visitar á Mahon ni á la reina de España. El suceso parece que ha sido muy sencillo y natural: yendo de Córcega para Argel SS. MM. II. pasaron por Menorca y hubieron de decir: vamos á ver si está en Mahon S. M. C.; y como S. M. C. no estaba, SS. MM. II. dejaron tarjeta y siguieron adelante.

De las Baleares pasará la corte á Barcelona donde le esperan fiestas magníficas. Allí ha sido precedida por el general Prim á quien el pueblo barcelonés ha obsequiado con grande entusiasmo, viendo en él un continuador de las hazañas que dieron tanta gloria á los héroes catalanes. Para la capital de Cataluña fue un dia de fiesta universal el de la entrada de Prim, recibido con repetidas y grandes aclamaciones por entre arcos de triunfo y vistosas colgaduras. En el número de hoy damos la copia del arco triunfal que se levantó en su honor en la Plaza de la Constitucion.

El viaje de la corte á las Baleares y Barcelona, ha apresurado la colocacion del cable eléctrico submarino que pone en comunicacion aquellas islas con la península. Celebramos de todas veras esta gran mejora, gracias á la cual, podemos tener noticias instantáneas de tan importante provincia. ¿Cuándo se estenderá el mismo beneficio á las Canarias, que lo reclaman con no menos necesidad y urgencia y que tienen igual derecho á él como una de las provincias españolas?

Los embajadores marroquíes salieron el otro dia de Alicante para Tánger en un buque del Estado. Van muy satisfechos de las atenciones que las autoridades y el gobierno ha tenido con ellos. Entre otros regalos que han recibido, se cuentan magníficas camisas de acero con colgaduras, obra primorosa de artistas españoles. En cuanto á negociaciones para evacuar á Tetuan, creese, ó por lo menos asi se dice, que no han estabulado ninguna; solamente han hecho indicaciones acerca de los apuros del erario marroquí y de la necesidad que tendrian de algun respiro para el pago del resto de la indemnizacion.

Las tropas sardas han invadido los Estados Romanos por las Marcas y la Umbria, y han derrotado en varios encuentros á las tropas pontificias. Los generales Fanti y Cialdini que las mandan, tratan de interponerse entre Ancona y las posiciones que ha tomado el general Lamoriciere con el grueso de su ejército, mientras que la escuadra de Victor Manuel aumentada con la de Nápoles se dirige á cercar por la parte del mar la ciudad. Es probable por consiguiente que cuando este número llegue á manos de los lectores, Ancona haya caido en poder de la escuadra ó del ejército sardo. Los periódicos insertan un largo manifiesto del conde de Cavour explicando á la Europa los motivos y señalando los límites de la invasion que acaba de hacer el gobierno á cuyo frente se halla. Segun este manifiesto la causa de las perturbaciones de Italia ha estado siempre en la opresion ejercida por sus gobiernos; despues de la revolucion de Nápoles no era posible sostener el *statu quo* en las Marcas y la Umbria sin riesgo de que exasperada por las reacciones la revolucion se lanzase á extremos lamentables. El Piamonte seria responsable ante la Italia y ante la Europa si dejara que se estraviase el movimiento y ha preferido regularizarle concediendo á los habitantes de la Italia meridional la proteccion que le pedian para emitir libremente sus votos. Por lo demás las tropas de Victor Manuel no traspasarán los límites del distrito de Roma que será respetado; el conde de Cavour asegura que el Padre Santo nada tiene que temer, y aun se lisonjea de que libre Su Santidad de

malas influencias podrá y querrá ponerse otra vez como en 1848 á la cabeza del movimiento nacional italiano.

Este manifiesto está bien escrito; pero no basta á tranquilizar á los que temen la guerra. En el extranjero se sienten los vagos terrores que preceden siempre á los grandes acontecimientos; los negocios no siguen su curso natural; muchos se paralizan del todo, otros se suspenden. Afortunadamente pronto hemos de salir de crisis y de dudas.

El rey de Nápoles seguía en Gaeta á la fecha de los últimos partes (el 20); por supuesto, sin esperanza, á lo menos próxima; de recobrar su corona. No es probable que venga á España á pesar de los ofrecimientos un tanto *empresés* que le ha hecho el embajador de la reina de España señor Bermudez de Castro.

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

LAMARTINE.

Era el año de 1820. A las magníficas campañas del Consulado y del Imperio habian sucedido tiempos bonancibles, y á las agitadas discusiones de las Constituyentes y la Convencion que cerraron el último período del siglo XVIII, reemplazaban las luchas solemnes de la tribuna que la Francia importó de la nacion inglesa. La monarquía habia resucitado con sus antiguas formas y los guardias de corps reemplazaban á la *vieja* guardia. No la ilustraban, como á aquella, cien batallas campales, ni cubrian su rostro honrosas cicatrices; pero la embellecía cierto aire aristocrático y el pundonor que suple á los antiguos servicios. Contaba en sus filas á la mayor parte de los jóvenes pertenecientes á familias realistas que, sin participar del fanatismo de sus padres, tributaban un culto racional al principio monárquico. Entre estos se distinguía Alfonso de Lamartine que tendria entonces unos veinte y ocho años. Al verlo pasear en el parque de Saint-Cloud, cubriendo con el casco aquella noble frente destinada á ceñir algun dia los laureles del orador y el poeta, se recordaban aquellos ilustres romanos, á quienes los campos de batalla preparaban para las mas brillantes glorias cívicas.

Ciceron es, entre los personajes antiguos, el que mas se parece á Lamartine. Ambos se distinguen por esa elevada elocuencia que les da un influjo decisivo en las asambleas populares; en ambos se encuentra ese raro patriotismo que todo lo pospone al engrandecimiento de su patria; uno y otro han consagrado su existencia al cultivo afanoso de la filosofía y de las letras. Ciceron no es poeta como Lamartine; pero este es un mero accidente de la forma. La prosa de Ciceron es una magnífica poesía sublime. Pero lo que mas asemeja á estos dos varones ilustres, es la índole especial de su carácter. En ambos se encuentra una indomable energía en los momentos supremos y en las grandes crisis de su patria. Los dos han contribuido á salvarla esponiendo su vida en los mas críticos momentos. Ciceron aterrá á los conspiradores y deshizo el complot fraguado por Catilina. Lamartine contuvo las iras del pueblo y el desbordamiento de una inminente demagogia. Y no se reduce á esto la semejanza. Ciceron no basta á contener las tendencias de su época; á los pocos años de haber salvado la república se sentaba Augusto en el trono de los Césares. Napoleón III ocupa el trono imperial á los cinco años de haber salvado Lamartine la sociedad francesa... Ambos oradores tienen además otro punto de semejanza en la inocente vanidad que deslustra el fondo de su carácter. ¡Defecto pueril que compensan sobradamente las grandes cualidades de estos eminentes patricios!

Pero la justicia reclama una aclaracion. El carácter de Lamartine es mas entero y elevado; no contemporiza y transige con su conciencia como lastimosamente lo hizo el orador romano; no adula ni rinde culto á la fortuna, como Ciceron en sus deplorables vacilaciones, y, sino ha tenido ocasion, por la diferencia de los tiempos, de rescatar con un trágico fin sus debilidades, ha dado pruebas de noble resignacion en el voluntario retiro á que ha sabido condenarse. Lamartine, consagrado exclusivamente á las letras y viviendo del fruto de su trabajo, es á nuestros ojos mas digno de respeto que el presidente del gobierno provisional en 1848. Pero vengamos á su historia literaria.

Cuando Lamartine, en una noche de verano, montaba la guardia en las alamedas de Saint-Cloud, revolvía sin duda en su poética fantasia las sublimes ideas que han inmortalizado su nombre. Entonces fue cuando debieron brotar en su mente los bellos conceptos que han dado tanta fama á sus obras. Las *Meditaciones*, las *Armonías*, los mas ricos tesoros de su musa se acumulaban en su frente bajo el casco del soldado. En aquellos dias apareció su primer libro.

Las *Meditaciones poéticas* se publicaron por primera vez en 1820. El nombre de su autor era entonces desconocido: á los ocho dias llenaba con su fama la Francia. Su éxito igualó al del *Genio del Cristianismo* y fue como aquel una revolucion en la literatura. Destinado á consolar la afliccion, aplica un bálsamo reparador á las he-

ridas del alma; hace verter lágrimas que desahogan el pecho, y reanima la fe en los corazones abatidos. Aquella poesía reúne las mas opuestas condiciones: el entusiasmo y la razon, la devocion y el entusiasmo poético. Siendo en el fondo eminentemente cristiana, está distante de la inflexible austeridad de otras poesías de su género. Habla de la religion como del amor, poniéndola al alcance de las inteligencias vulgares; pinta el cielo, como Fenelon en su *Telémaco*, haciéndolo comprensible y simpático á los afectos del hombre; es, en suma, un libro que hace llorar, entretiene y eleva el alma, y ademas la fortalece é instruye.

La poesía era en aquellos tiempos profana. Horacio y Boileau servian á todos de modelo. Un poeta sentimental y religioso corria gran peligro de ser silbado. Pero Lamartine venció esta dificultad y logró imponer un nuevo género literario. Este es el privilegio del genio y el apostolado que le corresponde en la tierra.

Las *Meditaciones*, como todas las obras poéticas de Lamartine, están inspiradas por un profundo sentimiento religioso: la existencia de Dios, la inmortalidad del alma, el amor á la soledad, los contrastes y contradicciones de la naturaleza humana, son los asuntos que sirven de tema á su musa y dan materia á sus bellísimos versos. Pascal le ha servido indudablemente de guia en la descripción de las contradicciones del hombre; pero la prosa enérgica de este gran escritor está embelecida en Lamartine por los encantos del ritmo. Racine el hijo y los mas eminentes prosistas franceses habian escrito sobre la existencia de Dios y la inmortalidad del alma; pero Lamartine ha sabido dar novedad por el estilo á un asunto tan conocido y manejado. Aunque su imaginacion, un tanto vagabunda, no se distingue siempre por la precision y la lógica; aunque la frecuente repeticion de unas mismas ideas preste alguna vez á sus versos un color uniforme, del cual suele resultar cierta monotonía que jamás hallareis en Victor Hugo, su estilo es, en general, elegante, y abunda en imágenes y bellezas de primer orden.

Las circunstancias favorecieron á Lamartine en su primera aparicion sobre la escena literaria. A un imperio turbulento y belicoso habia reemplazado una monarquía sosegada; los ánimos, cansados del ruido y de la gloria, buscaban la tranquilidad y el reposo en las letras. Era esta época el imperio de Augusto bajo el influjo de los principios cristianos. Si entonces vemos aparecer á Virgilio y Horacio, ahora se admira á Chateaubriand y Lamartine. Pero nuestra época tenia diversas necesidades. La filosofía materialista habia terminado su carrera; las almas estaban hastiadas de incredulidad. La poesía materialista habia muerto con el abate Delille, y á la forma y color, que es el carácter distintivo del paganismo, debia reemplazar la pasion, y el alma de la poesía cristiana.

La epístola á Byron y la oda á un poeta portugués desterrado de su patria son á mi juicio las mas bellas de este primer opúsculo. La oda, sobre todo, contiene estrofas de singular belleza.

Ton sort ó Manoel, suivit la loi commune;
La muse t'enivra de precoces faveurs;
Tes jours furent tissus de gloire et d'infortune,
Et tu verses des pleurs!

Rougis plutôt, rougis d'envier au vulgaire
L'esterile repos dont son cœur est jaloux;
Les Dieux ont fait pour lui tous les biens de la terre;
Mais la lyre est á nous.

Les siecles sont á toi; le monde est ta patrie.
Quand nous ne sommes plus, notre ombre a des de autels,
Où le juste avenir prépare á ton genie
Des honneurs immortels.

Ainsi l'aigle superbe au séjour du tonnerre
S'elance; et, soutenant son vol audacieux,
Semble dire aux mortels: Je suis nê sur la terre,
Mais je vis dans les cieus.

Oni; la gloire t'attend; mais arrête et contemple
A quel prix on penetre dans ces parvis sacrés.
Vois; l'infortune, assise á la porte du temple,
En garde les degrés.

Ici, c'est le vieillard que l'ingrate Ionie
A vu de mers en mers promener ses malheurs;
Aveugle, il mendiait, au prix de son genie,
Un pain mouillé de pleurs.

Là, le Tasse, brulé d'une flamme fatale,
Expiant dans les fers sa gloire et son amour,
Quand il va recueillir la palme triomphale,
Descend au noir séjour.

Esta poesía es una de las mejores del autor por la belleza de las ideas y la esmerada construccion artistica.

En 1829 vieron la luz pública las *Armonías poéticas*. Su publicacion tuvo lugar en el mes de mayo, y precedieron, con breve intervalo, á la caída del trono; pero la revolucion que echó abajo una dinastía no fue bastante poderosa para arrastrar las páginas de un libro. «No hay navíos en Cherburgo, dice un célebre crítico, para desterrar la poesía, ni en el Océano para deportarla á la isla de Elba.» Asi es que las *Armonías* atravesaron aquella gran borrasca y llegaron á ser uno de los poemas mas populares de Francia.

¿Qué son las *Armonías*?—Oigámoslo de boca del

autor mismo.—«Hé aquí cuatro libros de poesías escritas como han sido sentidas, sin lógica, sin enlace, sin transicion aparente; poesías reales y no fingidas, que no descubren tanto al poeta como al hombre mismo; revelacion íntima é involuntaria de sus impresiones de cada dia, páginas de la vida interior, inspiradas, por la tristeza, la alegría, la soledad ó el ruido, la desesperacion ó la esperanza, en sus horas de sequedad ó de entusiasmo, de aridez ó de poesía...» En efecto; este es el carácter de las *Armonías poéticas*.

A la caída de la dinastía, renunció Lamartine la embañada de Grecia y permaneció fiel á la desgracia. Pero emprendió el viaje por su cuenta y dotó al mundo de uno de sus mas bellos libros. «El *Viaje á Oriente* (dice un crítico célebre), es una melancólica contemplacion del viejo mundo oriental, que reúne la poesía del corazón, las tristezas del espíritu, la esperanza de un alma nacida para el cielo, los profundos estudios del filósofo y las trascendentales predicciones del político. Todo se encuentra allí en su debido orden, segun el corazón y el alma del poeta. Su estilo es sencillo, elegante, sublime, segun lo piden el tiempo y las circunstancias.» Y sin embargo, la crítica ha dicho que no era un libro, tomando á la letra unas palabras del autor. «En estas páginas no hallareis otra cosa que las impresiones fugaces y ligeras del viajero.»—¿Quién habria dicho á Lamartine que se habia de interpretar tan mal su modestia!

El *Viaje á Oriente* es un magnífico poema. No se puede leer este largo y penoso viaje sin experimentar las mas profundas emociones de dolor y tristeza, sin tomar parte en las sensaciones del autor y acompañarlo en las vicisitudes de su alma. Ora escribe á la sombra de una palmera ó bajo las ruinas de un monumento destruido por los siglos; ora bajo una tienda azotada por el huracan al resplandor de una antorcha de resina; un dia en la celda de un convento maronita del Líbano; otro, entre las impresiones de los marineros, en una barquilla ó sobre la cubierta de un bergantín; en una palabra, aquel *album* de viaje es un traslado de la pasion, el placer, la esperanza ó el dolor que los ha dictado; es el alma del gran poeta en presencia de aquellas sublimes emociones; es el mundo oriental reflejándose en un clarísimo espejo.—¿Hay nada tan bello como la compañía de un grande hombre en esos viajes clásicos que todos deseamos hacer en la vida?—¿Quién no ha dicho mas de una vez?—«Si yo fuera príncipe, haria una peregrinacion á la Tierra Santa; visitaria aquellos sagrados lugares ilustrados por los mas sublimes misterios; veria con mis propios ojos la cuna y el sepulcro de Dios, las huellas de sus pasos, las piedras en que reposó su cabeza. ¡El Calvario! sublime teatro de su cruento sacrificio y de la gran redencion del género humano.—Pero estas cosas no caben tal vez en mi mente, vulgar y estrecha para abarcar tales impresiones; yo necesito del auxilio del genio; el genio solo es digno intérprete de tantas maravillas; yo deseo tener por compañeros de viaje á Chateaubriand ó Lamartine; ellos serán mis guias y maestros...» Pues bien, este deseo que forman todos los jóvenes se encuentra realizado con la lectura de sus obras; la de Lamartine lo satisface completamente. Tomemos por la mano á este viajero inspirado y procuremos seguir su poética correría.

Hace algunos años atravesó este mismo camino un grande hombre que llenaba ya el mundo con su fama; viajaba solo con un saco á la espalda y el báculo del peregrino en la mano. Este hombre era el autor de *Atala* y *René*; iba á pié y escribía al paso su poema de los *Mártires*. Lamartine viaja en un navio *suyo*, y lleva consigo á su mujer y sus hijos... ¿Qué importa esto? El mundo no se ocupa de pormenores; solo sabe que Chateaubriand y Lamartine han pasado por aquellos sitios...

De Chateaubriand nada diremos. ¿Quién no conoce sus magníficas páginas? ¿quién no ha llorado con aquella santa y poética emocion que han dictado al gran escritor sus grandilocuentes frases? Chateaubriand escribe como los apóstoles. Lamartine como el mas inspirado de los poetas. No hay autor alguno que en las manifestaciones de su genio obedezca tan ciegamente á los caprichos del instinto. Es el viajero poeta por excelencia. Ora se detiene á examinar artisticamente unas ruinas y os deleita é instruye con profundas observaciones; ora se introduce en la tienda de un árabe, y pasa una mañana entera fumando y charlando con su huésped; otras veces corre al encuentro de una linda muchacha para admirar sus gracias y describirlos su belleza; otras contrae amistad estrecha con Ibrahim—bajá ó el sultan, y refiere sus interesantes conversaciones. En suma; la lectura del *Viaje á Oriente* equivale á el mismo viaje hecho con Lamartine, menos las penalidades y gastos, y con la ventaja de poder saborear sus delicias.

La prosa de Lamartine es superior á la mas encantadora poesía. ¡Qué naturalidad, qué gracia, qué nobleza en la diction! ¡Qué abundancia y riqueza en las descripciones! ¡qué inagotable interés en la narracion de su asunto! Asi es que en cualquiera de sus libros se encanta el lector y no puede interrumpir la lectura. Si describe un personaje histórico conocido, le da tal novedad que no os acordais de haberlo visto en otra parte. Si os pinta una escena de la revolucion francesa, os olvidais de cuanto sobre ella han dicho los demás autores. Los *Girondinos* y las *Dos Restauraciones* os embelesan; las *Biografías* y los *Posatiempos literarios* os arrebatan é instruyen; sus demás obras os producen igual efecto. Ningun autor

años de 983, por haberla ocupado y agrandado notablemente su fábrica un tal Crescenzo Nomentano.

Antes de llegar á este castillo hay que pasar el puente llamado antiguamente de Elio y hoy del Angel, lleno en otro tiempo de multitud de preciosísimas estatuas, y que á la entrada de Carlos V en Roma, fue adornado con trece estatuas en barro, hechas por el escultor Rafael, estatuas reputadas por bellísimas, y que dieron ocasion al Bernini para hacer las que aun se ven hoy día y que se levantan sobre los antepechos del puente.

Cuanto servicio prestaba al papa en los tiempos de guerra, se conoce bien cuando se lee la relacion del asalto y saqueo de Roma por las tropas españolas que mandaba el condestable de Borbon.

Cuando despues de amagar á Florencia el ejército cesareo, se dirigió á Roma, el papa oyó ya los tiros de arcabuz cuando pasaba el muro para refugiarse en el *Sant'Angiolo*, «de tal manera, dice un testigo ocular de estos sucesos, que casi por espacio de cuanto se dijieran tres credos ó poco mas, dejaron de tomarle en palacio.»

A su abrigo pudo en aquella terrible ocasion, el sumo pontífice, desafiarse algún tiempo las iras de los soldados españoles, aunque esto lo hizo mas bien con promesas y con conciertos, que no con la seguridad que le proporcionaba la fortaleza á la que pusieron cerco los soldados españoles. Sin embargo, durante su estancia en el castillo, padecieron toda clase de temores, pues las tropas de la liga que venían á socorrerles no lograron su intento.

Se conoce á qué triste estado se vió reducido el papa durante esta jornada, leyendo la relacion del cerco de Roma por el cañiller Gatinares, en donde se dice: «Hube tanta compasion, señor, de ver al papa y cardenales con todos los que estaban en el castillo, que no fue en mi mano poder detener las lágrimas, porque aunque en la verdad con su mal consejo se lo han buscado y traído con sus manos, es gran dolor de ver esta cabeza de la iglesia universal, tan abatida y destruida.»

Tal ha sido en otros siglos y tal es hoy el magnífico castillo de que venimos hablando. Templo, fortaleza y palacio á la vez participó de todas las ventajas que el buen gusto y el lujo de una época de artistas habia introducido en todos los edificios de la Roma del renacimiento.

Hoy el viajero que busca en esta ciudad algo de aquellos tiempos de grandeza y prosperidad para el papado, se detiene ante la soberbia y magestuosa mole del castillo de *Sant'Angiolo*, único asilo que en otros tiempos tuvo en Roma el sucesor de San Pedro, y medita en lo mudable y pasajero de las grandezas humanas. Hoy el *Sant'Angiolo* no es mas que un monumento digno de admiracion; creemos que ha pasado para él el tiempo en que podia ser el baluarte y defensa de Roma. Al menos cuando el saco de la ciudad eterna por los españoles, el príncipe de Orange amenazó al papa con destruir el último asilo en menos de doce dias. Clemente VII que conoció en medio de su amargura, todo el valor de esta amenaza, se resignó con su suerte y firmó las capitulaciones.

EL ULTIMO RECUERDO.

El monasterio de Herbon ha sido siempre mas célebre por lo austero y rígido de la regla á que vivian sujetos los monges de aquella santa casa, que por el mérito artístico de su fábrica. Verdad es tambien que si esta no es tan notable que atraiga hacia el rincón solitario en que se alza, la multitud curiosa y las inteligencias entusiastas por el arte, la naturaleza ha desplegado en torno suyo tal riujo de hermosura que es imposible recorrer aquellos lugares pintorescos, sin admirarlos primero y sin amarlos despues.

Situado en uno de los mas apartados valles que se esconden á las miradas de los que costean la apacible ría de Padron, en una de las mas risueñas hondonadas de aquel valle, todo soledad y aislamiento, se alza como una sombra gigantesca, en medio de aquel mar de hojas y de ramas que intentan cubrirle, como la alta cordillera que le rodea silenciosa, y arroja en torno suyo todas las sombrías armonías de una naturaleza virgen.

El camino tortuoso, medio cubierto de yerba, las aldeas que se extienden á la ventura, bajo el abrigo de los cercanos montes, cuyas peladas crestas baña el sol que nace, la multitud de fuentes, cuyo derrame baja hacia el Ulla y engruesa su corriente, el bosque que rodea el monasterio, el aire de la cercana marina que viene hasta allí con sus frescos perfumes, el mar que deja oír su melancólico rumor, todo, todo hace de este lugar apartado, un encantado paraíso, á quien como hemos dicho ya, se admira primero y se ama despues.

Éra á últimos del siglo XV. Llegaba hasta aquel religioso retiro el rumor de una lucha en que Dios se puso ¡quién conoce lo profundo de sus designios!... del lado de los que no amaban el país que les viera nacer.

Los rayos de un apagado sol de otoño, se quebraban en las ramas casi deshojadas de los árboles del bosque: el silencio de la naturaleza, augusto, que parece convidar á la meditacion y á la melancolía, no era turbado ya por

el parlero canto de las aves, á quienes los primeros frios hicieran alejarse de aquellos pintorescos lugares: el río bajaba con mas rapidez, sonaba entre las guijas y las lluvias de noviembre, hicieron engrosar su corriente, cuyo ruido parecia vibrar en las descarnadas ramas de los robles; todo era silencio, soledad misteriosa, suaves encantos con que la naturaleza convidaba aquella mañana á todos los corazones soñadores, como si intentase sorprenderlos con nuevas y distintas bellezas ignoradas hasta entonces.

Era una mañana hermosa, el viento frío hacia agradable el sol, cuya luz alegre y llena de vida, se tendía por el suelo, cubierto de yerba húmeda, y hacia brillar las gotas de lluvia, suspensas en las hojas tembladoras, é iluminaba graciosamente las nieblas que se iban alejando de la orilla bañada por el rayo matutino.

Habia tanta hermosura en aquel paisaje y en aquella soledad, como nunca habian admirado dos monges que, caídas las capuchas de su hábito de San Francisco, á cuya órden pertenecian, y sumidos al parecer en una rara meditacion, se adelantaban por una de las mas ocultas sendas del bosque, hacia la orilla del Herbon que se deslizaba muellemente haciendo brillar sus ondas cristalinas.

Aprovechémonos de su silencio para dároslos á conocer.

Era el uno joven, en cuya frente bañada por esa luz particular que parece hija de eternos roedores pensamientos, se ven esas ligeras arrugas, que una sola palabra cariñosa puede deshacer en un momento. Diríase muy bien, que su corazón hecho para las locas expansiones de la pasion, habia tenido que plegarse, y como si desconfiara hasta de sí mismo, como si temiera que él delatara su debilidad, que siendo la fuente de sus dulzuras, no se atrevia á amar por temor al pecado, temiendo que lo que en él era espontáneo, lo que le era querido, fuese para los demás que le rodeaban un mal pensamiento de que tenia que arrepentirse, habia ahogado aquel tesoro de ternura, que rebosaba, sin embargo, y que por lo mismo que se hallaba comprimido, esperaba el momento de romper su cárcel y desbordarse.

Era una de esas almas, que se hacen desgraciadas, que viven atadas al tormento, que se muerden á sí mismas—si se nos permite decirlo así—porque no pueden ser tan felices como ellas se sienten capaces de serlo.—Camina lentamente—dicen—el caballo que no se siente con brios para devorar el espacio en una sola carrera, pero atar al carro en que ellos hacen su curso diario, obligar á que les siga con la misma lentitud, aquel cuyas anchas narices, cuyo pecho nervioso, cuyas piernas aceradas, parecen hechas para no detenerse jamás, para no sentir la fatiga, para amar aquel vértigo, que no le deja conocer límites á su ansiedad, eso es una locura.

De doble edad que el primero, se adelantaba el otro monge, con paso débil y fatigado, encorvado el pecho, inclinada hacia adelante la cabeza y absorto en una meditacion mas profunda que la de su compañero,

En el uno la multitud de pensamientos, su rigor y el resuelto tropel con que se agolpaban á su alma, eran las mas claras señales de que aquel corazón no tuviera tiempo todavía para padecer bastante; en el otro se veia ya el alma agoviada por los años y por el martirio. El uno era el deseo, el otro el remordimiento ¡y los dos padecian!...

En su semblante demacrado, en sus facciones hundidas, en su frente ancha, pero cubierta de hondas arrugas, se conocia que el P. Juan, que así se llamaba en el claustro, habia sufrido, habia devorado en silencio alguna de esas amarguras, que parecen destinadas á romper los corazones mas fuertes. El brillo de sus ojos, la profunda vivacidad de su mirada, delataban al hombre de ingenio, oculto bajo el modesto hábito de lana, y escudado en el olvido de sí propio, contra el olvido de los demás. Habia interpuesto entre él y su pasado las puertas de aquella santa y apartada vivienda. Su nombre, que en el siglo habia sido entre sus contemporáneos un nombre ilustre, estaba ya olvidado de todos cuando él pidió un asilo bajo aquel techo protector.

¿Quién era? ¿de dónde venia? Nadie lo preguntaba allí.

—Soy un pecador, deseo la soledad, para que la oracion endulce el remordimiento de un pasado digno de eterno castigo—habia dicho al entrar.

—¡Seais bien venido!—le respondieron—aquí todos somos pecadores, todos oramos por el perdón de nuestras culpas.

Y habian pasado los años, sin que ninguno de aquellos hombres, intentase conocer el pasado de aquel cuya vida debia haber sido tan llena de vicios, como grande era su virtud desde el momento en que se habia acogido al abrigo del claustro.

Se conocia, al poco tiempo de examinar sus nobles facciones, que en su juventud aquel hombre debia haber sido hermoso. Todavía bajo el modesto hábito se adivinaba la esbeltez de sus formas, y la costumbre de caminar sumido en sus meditaciones no le despojara todavía de esa gracia y soltura en los movimientos que en el siglo habria sido sin duda una de sus dotes materiales mas dignas de envidia.

El llegar cerca de la orilla del Herbon, en un sitio en que el río ensancha su corriente, y los árboles parecen haberse alejado para dejarle paso, se detuvieron ambos monges, rompiendo al mismo tiempo uno de ellos el largo silencio que habian guardado durante el paseo.

—Herbosa es la mañana—dijo—mirad padre que se-

reno está el cielo y el agua, y cuántos y cuán suaves ruidos finge el viento que acaricia como nunca esos pobres árboles sin hojas ya. Mirad como la naturaleza se regocija con ese sol que viene á animarla, cómo cantan los pocos pajarillos que han resistido los primeros frios, cómo todo nos convida á alegrarnos, á regocijarnos con ella. No, padre, Dios todo amor y hermosura, no nos habrá echado á la tierra para que pasen nuestros dias, y les amemos solo cuando se han extinguido, solo porque contamos ya con unas cuantas horas de vida menos; no, no pudo arrojar en torno nuestro tantas y tan grandes maravillas para que le admiremos solamente; él habrá querido que el hombre ame lo que él ama, que llene su corazón de amor y de felicidad y de alegría en la contemplacion de todo aquello que él ha vertido á manos llenas sobre el mundo, maravillas de las cuales, la mas pequeña, nos da á conocer nuestra impotencia...

(La conclusion en el próximo número.)

MANUEL MURGUA.

LAS CACERIAS EN AFRICA.

JULIO GERARD.

(CONCLUSION.)

La noche estaba oscura como boca de lobo; mas sin embargo, se encaminaron, atravesando el bosque á un riachuelo estrecho y profundo, que corre al pié del *Jebel-Krunega*.

El leon lo atravesaba todas las noches por el único punto vadeable que se conocia.

Gerard decidió esperar á su adversario en el vado. Los rugidos se oían cada vez mas próximos: el guía del denodado cazador estaba tan conmovido, que apenas tuvo aliento para decirle:—Este es el vado.

Gerard quiso reconocer la posicion; pero era tan densa la oscuridad, que todos sus arbitrios para conseguirlo fueron inútiles. Sin embargo, descendió á tientas hacia el arroyo, buscando con las manos alguna vereda practicada por el tránsito de caballos ó ganados: mas nada halló.

Era simplemente un vado muy encajonado y profundo, cuyos bordes parecian de difícil acceso. Felizmente encontró en el declive una piedra, empotrada en el terreno, que podía servirle de asiento á orillas del arroyo, y un tanto fuera del vado.

El guía, asustado por la densidad de las tinieblas, no cesaba de aconsejar á Gerard que se retirase por aquella noche; mas sin hacer caso de sus palabras, elegido ya el sitio donde iba á situarse, tomó la carabina y le despidió.

Esto era precisamente lo que ansiaba el árabe; mas no atreviéndose á atravesar solo el bosque, sumergióse por decirlo así, en una espesura de lentiscos que crecia como á cincuenta pasos de Gerard, despues de haberle recomendado este no moverse, oyese lo que oyese.

Gerard se sentó en la piedra, y esperó. La oscuridad continuaba siendo siempre la misma: reinaba un solemne silencio, interrumpido únicamente por el murmullo de las aguas del arroyo.

De quince en quince minutos, oíase cada vez mas perceptible el rugido del leon; semejante á un trueno que desgarrase la atmosfera, despertando los sonoros ecos dormidos en las montañas vecinas.

Julio Gerard, cerró los ojos y cuando cinco minutos despues volvió á abrirlos, vió un declive casi vertical, formado tal vez por alguna avenida del arroyo, cuyas aguas corrian entonces á mucha menos altura: á su izquierda, casi al alcance de la carabina, estaba el vado por donde debia pasar el rey de las fieras.

Gerard calculó, con esa sangre fría que solo se encuentra en los hombres de ánimo mas esforzado, que si lograba ver y disparar sobre el leon, hiriéndolo grandemente cuando este estuviera en medio del arroyo, podia esperar buen éxito de la campaña.

Serian entonces las nueve de la noche. De pronto resonó un formidable rugido como á cien metros del campo: Gerard armó su carabina, apoyó el cañón en la rodilla, la culata en el hombro, fija la mirada en el agua y esperó.

Empezaba á parecerle molesta la posicion, cuando sonó en la orilla opuesta, frente por frente de él, un prolongado y sordo suspiro, muy semejante al de un hombre que agoniza.

Frió y tranquilo, á pesar de lo solemne del momento, levantó la vista en aquella direccion y descubrió clavados en él y brillantes como ascuas, los ojos del leon. La fijeza de aquella mirada, que brotaba una claridad pálida que no alumbraba ni aun la cabeza de la fiera, hizo refluir al corazón de Gerard toda la sangre de sus venas.

Pero su pecho, por un esfuerzo supremo de su voluntad, permaneció inalterable. Un momento antes temblaba de frío: en aquel momento el sudor inundaba su frente.

Y es que todo el que no haya contemplado á un leon adulto, en plena libertad, muerto ó vivo, puede creer en la posibilidad de una lucha, cuerpo á cuerpo y con arma blanca, contra el rey de las montañas y de los bosques.

Mas el que como nosotros, le ha visto grande, magnífico, indescriptible, dominando con su mirada las vastas

estensiones del Africa, esparciendo con su rugido el terror en los ánimos mas esforzados, sabe que el hombre es para el leon lo que el indefenso ratoncillo en las uñas del gato.

Gerard, que nunca ha hecho gran caso del puñal, y que poco tiempo despues de la cacería que describimos, lo abandonó completamente, lo sacó en aquella ocasion, y lo clavó en la tierra al alcance de su mano.

Si el leon herido saltaba hasta él, y sus garras no le despedaban instantáneamente, acaso buscando con la mano la region del corazon ó bien hiriéndolo en los ojos, lograria salir mutilado, pero con vida de aquella lucha.

Los ojos del leon empezaron á descender al mismo tiempo hácia el arroyo, aproximándose á Gerard. Este se despidió mentalmente de los seres que le eran queridos, ofreciéndoles vender cara la vida, y su dedo buscó dulcemente el gatillo.

En aquel momento, ha escrito Julio, me sentia menos conmovido que el leon, cuyas garras tocaban ya al agua.

Oyó su primer paso en el arroyo, cuya corriente era bastante impetuosa; despues, nada...

¿Se habia detenido?

¿Seguia avanzando?

Gerard se dirigia estas preguntas, haciendo inútiles y supremos esfuerzos para penetrar con la mirada el tupido velo negro que le ceñia, que lo ahogaba; cuando de pronto, cree oír á su lado, sobre el lodo de la orilla, el primer paso del leon que salia del agua.

¿En efecto!

Habia pasado el vado y subia dulce y lentamente la pendiente, cuando el movimiento que hizo Gerard, le detuvo.

Distaban uno de otro de cuatro á cinco pasos.

De un solo salto podia la fiera desplomarse sobre su enemigo y despedarlo.

Es inútil buscar el punto, cuando los ojos no distinguen el cañon de la carabina.

Gerard hizo fuego á cálculo, levantada la cabeza y abiertos los ojos. A la llamarada vió una masa enorme, erizada, sin formas determinadas y un rugido espantoso desgarró el aire.

¿El leon estaba fuera de combate!

A aquel primer rugido se sucedieron unos gemidos sordos, pero amenazadores: la fiera se revolcaba en el lodo, á orillas del arroyo.

Despues reinó el mas profundo silencio.

Gerard, abandonó su puesto; reunióse á su guia y regresó al aduar; mas en toda la noche no pudo conciliar el sueño.

A la mañana siguiente, sesenta árabes, á pié los unos y los otros á caballo, salieron en persecucion del leon, marchando Gerard con ellos.

En la orilla del arroyo encontraron un hueso como de una pulgada: el leon tenia una pata rota y debia distar poco de aquel sitio.

Descubierto una hora despues por los árabes, hizoles frente y corrió hácia ellos, dando saltos inmensos.

¿Gerard solo le esperó!

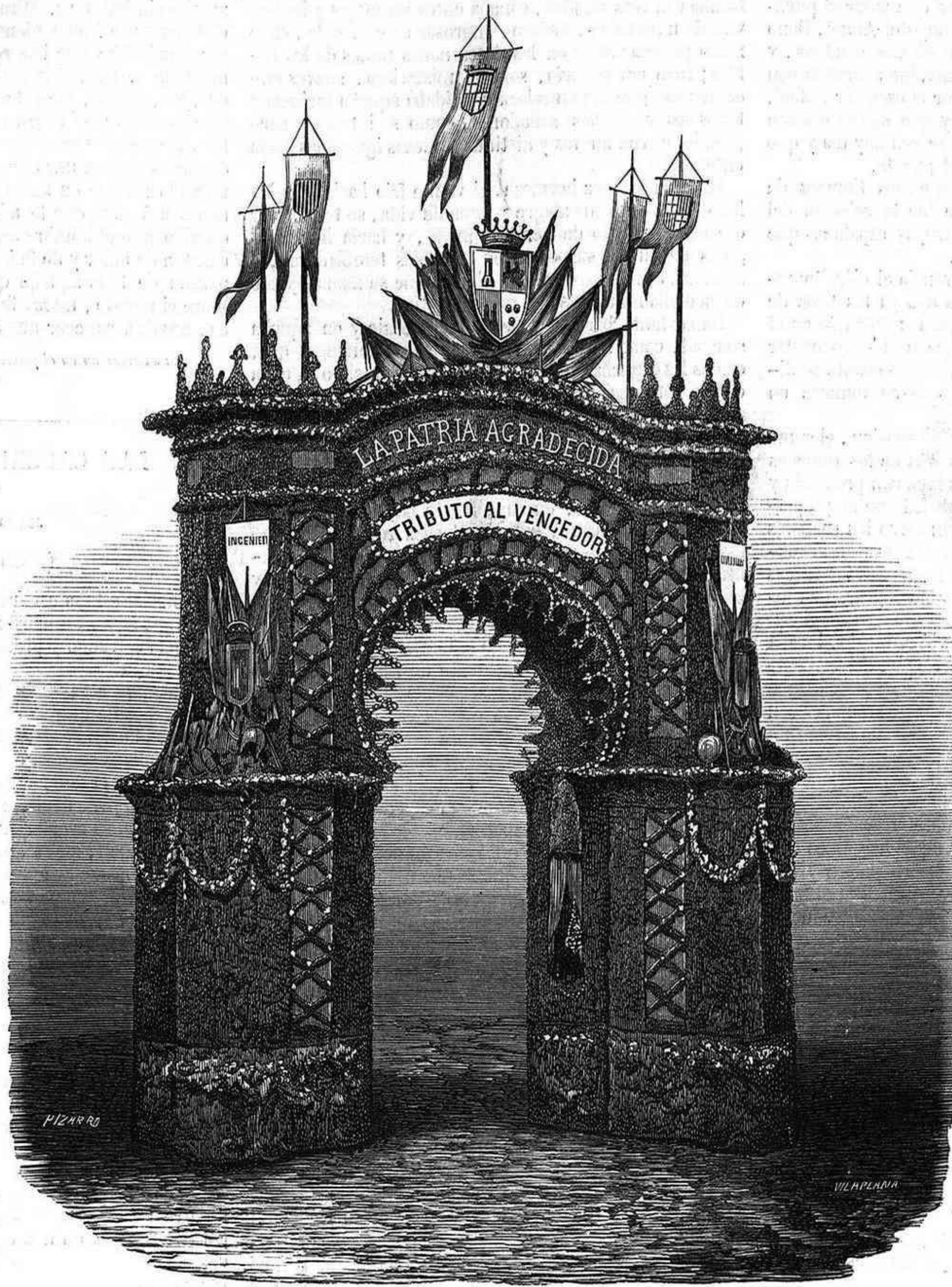
Estaba allí, magnífico, terrible, con la boca abierta, dirigiendo á todos amenazas de muerte, erizada la melena y caída sobre los ojos, estendido el cuello y cerradas las uñas.

Dió un salto de cinco pasos; otro salto y caia sobre Gerard...

Pero este no le dió tiempo.

Cuando la fiera levantaba la cabeza, sintióse herido por una bala, á una pulgada del ojo derecho; y rodó por el suelo.

¿El leon estaba muerto!



ARCO DE TRIUNFO LEVANTADO EN HONOR DEL GENERAL PRIM EN BARCELONA. (DE UNA FOTOGRAFIA DEL SR. BUAUNECH).

Tal fue la primera expedicion de Gerard contra los leones.

Terminaremos esta difusa narracion con el relato de otra de las expediciones de Julio Gerard, que se remonta al mes de febrero de 1850.

Diezmados los ganados de los Uled-lessi por dos grandes leones que se habian establecido en la vecindad, los árabes recurrieron á Gerard, conocido ya en la Argelia por las muchas atrevidas y siempre venturosas empresas contra los leones.

Gerard, como siempre, acudió al llamamiento.

Un jóven indígena, apenas adolescente, quiso acompañar á nuestro héroe en aquella ocasion. Gerard convino en ello; entrególe su carabina Devisne, y marchó al encuentro de los dos terribles adversarios que se proponia esterminar.

Despues de reconocer el terreno, eligió para situarse la cima de una roca, á la cual se llegaba por gradas sucesivas que parecian labradas por la mano del hombre.

El jóven árabe se sentó dos pasos á la espalda del cazador con órden espresa de este, de no moverse para nada y de entregarle armada la carabina, tan luego como Gerard hubiera disparado los dos cañones de la otra.

Algun tiempo despues aparecieron ambos leones como á cien pasos de la roca.

Uno de ellos descubrió á Gerard, y sin detenerse marchó directamente á él, no curándose al parecer de su compañero.

La fiera, cuyas miradas no se separaban un punto de Gerard, llegó á la primera grada y colocó sobre ella sus garras delanteras.

En aquella mirada tan inquieta y amenazadora á la vez, mostraba tanta cólera y decision, que el intrépido cazador, avezado ya á esta clase de expediciones, comprendió que debia apresurarse.

La situacion era crítica.

¿Qué iba á suceder?

Una de dos cosas: ó el leon quedaba instantáneamente

Tomar la carabina de las trémulas manos del árabe, apuntarle al leon á la sien, hacer fuego y dejarle muerto como si le hubiese herido un rayo, fue obra de un instante.

Con un segundo de retardo, Gerard y el árabe habrian sido aniquilados, destrozados por el herido y encolerizado leon.

Dióse el golpe de gracia al primer leon, que aun vivia, y poco despues, nuestro héroe fue conducido en triunfo al aduar mas próximo de los Uled-lessi.

Digamos despues de haber leído el capítulo precedente, si es posible ocuparse de las cacerías en el Africa, sin ver aparecer grande, magestuosa y serena, la figura de Julio Gerard, sentado al pié de un lentisco, ceñido por las mas espesas tinieblas, á solas con su carabina, esperando á la mas terrible y poderosa de todas las fieras, para luchar con ella y darle muerte, consumando una proeza que bastaria á glorificar á cualquiera hombre, sin mas testigo que Dios, ni mas ayuda que su corazon de roca, su infalible mirada, su temerario arrojo y una sangre fria sobrenatural.

Por eso hemos creído que le correspondia en nuestro relato un puesto de honor, seguros del que el lector, á pesar de lo desaliñado del estilo, leeria con emocion y vivo interés el relato detallado y completamente verídico, de esas dos notables campañas de Julio Gerard; del invencible cazador que ha dado muerte á mas de sesenta leones, con riesgo de muerte y esponiéndose á ella, no por otro premio que la satisfaccion de ser útil á sus semejantes.

FELIPE CARRASCO DE MOLINA.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.—IMP. DE GA PAR Y ROIG,
EDITORES. MADRID: PRÍNCIPE, 4. 1860.

muerto por el primer disparo, ó bien Julio Gerard á despecho de su destreza y de su bravura, antes de que pudiera juzgar del efecto de su disparo, iba á ser derribado de espaldas, cubierto por el leon y despedazado en mil trozos.

Si, á pesar de la impaciencia que brillaba en las miradas de la fiera, tardaba Julio en darle muerte, era muy posible que aquella, dando uno de esos enormes saltos que solo se comprenden teniendo en cuenta la gigantesca fuerza muscular del leon adulto, cayese sobre él y le destrozase antes de que hubiera disparado la carabina.

Felizmente el leon, se detuvo y volvió la cabeza para mirar á su compañero, presentando á Gerard, como blanco, la paletilla derecha.

Sonó el tiro y el leon rodó por el suelo rugiendo: quiso levantarse y volvió á caer.

Tenia rotas ambas paletillas.

Pero el otro leon estaba ya al pié de la roca, apoyando las garras en el segundo de los cuatro escalones, sacudiendo airadamente la cola, levantado y contraído el hocico, erizada la melena, chispeantes los ojos.

Su aliento semejaba el rugido de una tempestad lejana.

Recogíase ya sobre sus acerados jarretes para saltar y caer como una avalancha sobre Julio Gerard, cuando recibió una bala, algo mas arriba de la paletilla.

Doblegóse un momento, rugió y de un salto inmenso, se colocó sobre la roca que ocupaba Gerard, á dos pasos de este: el abrasado aliento de la fiera le quemaba el rostro.

NUM

R

gos. A es
seguido su
Civita Cas
tiene cinco
leguas de
que la def
tropas de
Cornetto e
quierda de
Urbino, ti
Inmedia
pontificio
neros, otr
han refug
tierra esta
sitió. Anc
mil habita
que se ad
por un cas
fituyen la
Dista de F
Creese que
con el obje
y mirlos á
tre Gaeta
nes entre
encaminar